

LA PRESIDENCIA EL CAMBIO Y EL TRAUMA

LA TRANSICIÓN COMO PROBLEMA

En un principio, el concepto de transición se refiere al cambio o paso de una situación a otra. La transición presidencial es un momento en que se interrumpen rutinas, se renuevan élites y se crean, modifican o destruyen compromisos e intereses. Incluso, en un sistema como tan institucionalizado como el norteamericano, la transferencia del poder presidencial implica "incertidumbre, cambio y ajuste, en anticipación y como consecuencia, del cambio de ocupante de la Casa Blanca" (Laurin L. Henry, *Presidencial transitions*, 1960). Pues bien, lo mismo y más se puede decir del caso mexicano, donde, el peso relativo de la Presidencia es mayor que en cualquier otro sistema presidencial vigente.

Para la élite mexicana del poder, el cambio sexenal del titular del omnipotente Poder Ejecutivo, equivale a una cirugía mayor. Para los otros mexicanos, la inmensa mayoría que está fuera del principal círculo político, el cambio es un hecho menos dramático, aunque no pasa inadvertido, pues también tiene consecuencias, aunque indirectas. En cualquier caso, la naturaleza íntima de la transmisión del mando en México no es algo fácil de captar, sobre el proceso flota un cierto aire de

misterio. Sin embargo, hay algo claro: como consecuencia de ese proceso, la institución central del sistema político mexicano - la Presidencia- pierde temporalmente algo de su enorme fuerza y surge un vacío relativo de poder. Y en épocas de cambios y conflictos estructurales, como la actual, ese vacío resulta peligroso.

Formalmente, la transición presidencial mexicana se inicia al producirse el "destape" -momento en que el Presidente, por la vía del partido de Estado, da a conocer quién de su círculo íntimo recibirá el poder al concluir el sexenio- y termina cuando el Presidente saliente entrega al sucesor la banda presidencial. Sin embargo, los efectos del proceso se inician antes y se prolongan después del cambio. Antes, porque en vísperas del destape la lucha interna por la sucesión entra en su fase más aguda. Después, porque el equipo recién llegado tarda en tomar plenamente las riendas del poder. La transición es un proceso que consume casi un par de años cada seis.

EL CONFLICTO INTERNO

Uno de los resultados de las pugnas en el interior del aparato gubernamental y administrativo como consecuencia de la sucesión presidencial -a las que ahora se deben sumar las pugnas externas, esas propias de la lucha entre el partido de Estado y la oposición- es la pérdida de autoridad y el control

del Presidente saliente sobre los hilos del dominio (conforme se acerca su final, la pérdida se acelera). Sin embargo, el personaje que le habrá de suceder no puede, ni formalmente ni de hecho, recuperar plenamente en el momento el poder que se escapa de las manos de quién pronto será historia. No se trata, pues, de un juego de suma cero -lo que uno pierde, lo gana otro-, sino de otro en que lo perdido por el Presidente saliente no necesariamente lo gana el Presidente electo -al menos no en la misma proporción- y temporalmente el poder centralizador se siluye, se desvanece.

En teoría, las transiciones más difíciles son aquellas que implican la entrega del gobierno y sus privilegios a un partido opositor -la contraélite-, cuyo proyecto explícito rechaza los valores del gobierno saliente y conlleva una pérdida real para ciertos intereses creados. Sin embargo, este tipo de transición -la propia de las democracias reales- nunca ha ocurrido en México. El hecho que desde hace 65 años los cambios en el mando gubernamental en nuestro país se han dado entre personajes de un mismo partido, casi en familia, debería de resultar un cambio sexenal con muy pocas incertidumbres. En el mismo sentido debería operar también el que invariablemente, y por las mismas razones, el Presidente entrante surge del gabinete que termina. El venir del círculo interno, le permite al nuevo mandatario conocer los modos de operación de la maquinaria gubernamental y los compromisos existentes. Como bien lo acaba

de señalar Manu Dornbierer, finalmente en las transiciones mexicanas los que se van son los mismos que se quedan (*El Financiero*, 12 de noviembre). No obstante, la realidad es que desde hace tiempo -por lo menos desde 1970-, la entrega de la estafeta presidencial mexicana a un correligionario y antiguo colaborador, ha sido traumática.

El problema se debe, en primer lugar, a que dentro del partido del Estado conviven numerosas fracciones que en la parte final del sexenio se trenzan en una lucha feroz, lucha que el Presidente saliente no puede evitar aunque lo intente. La pugna interna se inicia discretamente desde el principio mismo del sexenio, pero al final estalla abiertamente como resultado de la presión acumulada. Los ejemplos son muchos: almazanistas contra mujiquistas, avilacamachistas y otros a fines de los treinta; casaalemanistas contra henriquistas o ruizcortinistas a principios de los cincuenta, moyistas contra todos los demás a mediados de los setenta; un sexenio después, la gente de Carlos Salinas -que ya había triunfado sobre la de Jesús Silva Herzog- se enfrentó a la de Manuel Barlett o Alfredo del Mazo, y todos ellos contra la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo; y en 1993-1994, la pugna fue de "dinosaurios" contra renovadores, colosistas-zedillistas contra camachistas, y en medio de y sobre todos, el "Grupo Atlacomulco". Sin embargo, en la transición actual, la lucha intestina alcanzó nuevas alturas: los asesinatos del

propio candidato presidencial del PRI, Luis Donald Colosio, y del secretario general, Francisco Ruíz Massieu.

LA CRISIS DE FIN DE SEXENIO

A la vieja e inevitable lucha entre las facciones del partido del Estado, y a la nueva lucha entre ese partido y la oposición, se debe sumar la crisis que puntualmente aparece cada fin de sexenio desde hace ya un cuarto de siglo. Se trata de crisis por las fallas políticas de cada administración, más las fallas estructurales acumuladas a lo largo de los sexenios. Tlatelolco a fines de los sesentas; la inflación, el endeudamiento, el neopopulismo y las pugnas gobierno-sector privado a mediados de los setentas y de nuevo al principiar los ochenta; luego los problemas del fin del viejo modelo económico y los de la cimentación del neoliberalismo.

Luis Echeverría entró en conflicto con Díaz Ordaz durante su campaña electoral al guardar un minuto de silencio por los caídos en el 68. En vísperas de entregar el mando a Miguel de la Madrid, José López Portillo decidió hacer demagogia en grande y endosar el problema de la insolvencia de la economía - producto tanto de errores políticos de su administración como del agotamiento de la sustitución de importaciones- a los banqueros, y les castigó con la nacionalización del sistema bancario; las consecuencias de tamaña irresponsabilidad las

tuvo que afrontar quien iba a recibir el poder en tres meses: Miguel de la Madrid. La crisis de fines del delamadridismo fue una inflación galopante unida a una ruptura abierta dentro del PRI;; el resultado fue la escandalosa elección del 88. Hoy, el problema que tiene en sus manos Ernesto Zedillo y su no muy experimentado círculo íntimo, es consecuencia de la rápida y autoritaria implantación del neoliberalismo: la rebelión armada en Chiapas y el caos en todo ese estado, un partido de Estado que se ha salido un tanto de control, una reforma política que sólo ha estado vigente unos meses pero que ya demanda otra reforma, un desempleo estructural el famoso mito de Pedro Aspe- que se traduce en una migración masiva a Estados Unidos que, gracias a la victoria de los conservadores de allá, se ha traducido en un conflicto serio con el gran socio del TLC. Y en relación al TLC mismo: el déficit externo mexicano que ya alcanza cifras escalofriantes.

LOS DÍAS DUROS, DE TRAICIONES Y ACOMODOS

Si habemos de creerle a José López Portillo -único ex presidente después de Miguel Alemán que escribió sus memorias, (*Mis tiempos T.I.*, 1988)- las etapas de la transición son claras y, en principio simples, aunque no así sus consecuencias. Primero el Presidente saliente le informa a uno de sus colaboradores y miembro del grupo de los "tapados", que "el partido" ha decidido que debe ser el candidato presidencial

(y seguro ganador). Luego viene la formalidad: la postulación (vía CTM o una combinación de siglas) y acto seguido "la cargada" y los entusiasmos artificiales.

Una vez ocurrido lo anterior, el "destapado" acepta que el Presidente nombre a los dirigentes del partido de Estado que formalmente administrarán su campaña electoral, pero el candidato designa al director del IEPES -próximo secretario- y ahí concentra su círculo íntimo. Del comportamiento de este grupo de fieles durante la campaña -donde se incuban las alianzas y las rivalidades que madurarán durante el siguiente sexenio-, depende la composición del nuevo gabinete. La peculiaridad de la situación actual reside en que el asesinato de Colosio obligó a repetir estas primeras etapas y acortó los tiempos.

Antes de que la oposición existiera, la campaña servía exclusivamente para conocer a los grupos de poder locales, y para ver problemas que no se habían visto desde la perspectiva parcial de la secretaría que antes administraba ("la campaña... es informativa para el pueblo y formativa para el candidato", dijo López Portillo). A partir de 1988, la gira también debió servir para buscar el voto, lo que complicó las cosas.

Entre gira y gira, se va afinando el discurso y hasta desembocar en el grande: en el de toma de posesión, donde hay,

a la vez, una visión del país que es recibe -ahí se hace la crítica sutil a quien hasta ese momento era el jefe infalible y la presentación de los puntos centrales del nuevo proyecto: alianza para la producción, liberalismo social, o cualquier otro.

Los meses del "interregno" -aquellos que van de la elección a la toma de posesión- son, en palabras de López Portillo, los más duros para el Presidente saliente y que el entrante debe pasar en sus "cuarteles de espera". Son "tiempos de endurecimiento y acomodos, cuando empiezan desbandadas y traiciones, cuando la incorfomidad se convierte en oposición y ésta, frecuentemente en insolencia".

En conclusión, el del cambio sexenal siempre fuen un tiempo difícil y hoy lo es más porque el sistema en su conjunto ha perdido eficacia. La debilidad relativa de la Presidencia al final de cada sexenio, hace de éste la coyuntura ideal para que la presión acumulada estalle. La única manera de disminuir el peligro del momento, es rodear el proceso de una alta dosis de legitimidad denocrática; no hay alternativa mejor, pero es justamente la que está faltando.